

**Alejandro Cattaruzza**

**UBA, UNR, CONICET**

Quiero comenzar agradeciendo la invitación a intervenir en estas jornadas. Como los demás comentaristas, debo referirme a tres trabajos que son heterogéneos desde el punto de vista temático: la ponencia de Eduardo Weisz está dedicada al examen de la relación entre ejército y partido en el PRT y Montoneros; Lucas Lanusse analizó la situación que esta última organización atravesó, aproximadamente, a lo largo de 1971; Vera Carnovale indagó la cuestión de las ejecuciones llevadas adelante por el ERP. A pesar de ello, voy a iniciar el comentario por el planteo de ciertos elementos comunes; luego formularé observaciones sobre cada ponencia, para retornar luego a un nivel más general e intentar la sugerencia de algunas líneas de discusión.

Uno de esos elementos comunes que exhiben las ponencias es que son el producto de la tarea de autores que hace tiempo se dedican al estudio de este tipo de problemas; todos ellos, además, han publicado los resultados de sus trabajos a través de artículos y libros. Esa circunstancia se encuentra en relación con cierto estado de la producción historiográfica acerca de estos asuntos, cuya denominación es relativamente incierta: podría tratarse de los años setenta, la violencia política o las organizaciones armadas. En cualquier caso, los ritmos de la producción historiográfica no se alinearon con los que imperaron en otras ciencias sociales, que asumieron estas áreas bastante antes, a pesar de algunas excepciones. No es mi intención ensayar una historia de la historiografía referida a aquellos asuntos, pero sí quiero destacar las diferencias que exhiben las condiciones de producción en las que, por ejemplo, se inscribió el primer libro de María Matilde Ollier y las que hoy rodean estos trabajos. Hay ya zonas que se han trajinado mucho desde el punto de vista fáctico, se cuenta con archivos orales ya organizados y en funcionamiento, las publicaciones son varias y la trama institucional de la historiografía tiene un lugar para reuniones científicas específicas, como esta misma jornada. No puedo evitar sugerir algo que, en otras reuniones de ese tipo, discutimos con algunos de los asistentes; mi opinión es que esa situación es mucho más tributaria de las evoluciones de los ámbitos de la propia historiografía que de climas

político-culturales más amplios; de todas maneras, esa discusión quedará para otra oportunidad. A las condiciones de producción he de volver luego.

Sabiendo entonces que en otros trabajos los autores han tratado más ampliamente ciertos aspectos analizados en estas ponencias, voy a referirme exclusivamente a estos textos que he leído. En el caso de la ponencia de Eduardo Weisz, resulta muy pertinente la advertencia que se formula en torno a la necesidad de distinguir entre aquello que establecido en los documentos de un partido, en los papeles, y las prácticas efectivamente desplegadas, el funcionamiento “real” de la organización como indica el autor. Por otro lado, la estructura de la ponencia me pareció algo desbalanceada; los tramos dedicados al PRT son mucho más extensos y el trabajo realizado, según me parece, más asentado, que aquellos que están referidos a Montoneros. Ese desequilibrio es también visible si se atiende al análisis de las relaciones entre partido, partido armado y ejército, por una parte, y esos mismos vínculos en el marco de aquello que en el texto se denomina el movimiento, por otra. Finalmente, me gustaría que Eduardo desplegara aquí, un poco más, sus argumentos en torno a la “vieja izquierda” y a la “nueva” concebidas, en sus propias definición, como tipos ideales. Mi opinión es que en su versión, la nueva izquierda se ciñe exclusivamente a las organizaciones armadas, en un recorte que puede presentar algún problema. Quizás el punto a discutir, más allá de la ponencia, sea el de las ruptura y continuidades entre eso que solemos llamar nueva y vieja izquierda; por ofrecer sólo un ejemplo de las continuidades que se hacen visibles si se asume el modelo de Eduardo, ambas parecen exhibir una estirpe leninista en lo que hace al planteo del problema del poder.

El trabajo de Lucas Lanusse, por su parte, me ha sugerido la posibilidad de que existan segmentos de público que yo mismo no había considerado. En ese sentido, me gustaría que Lucas explicara si es que a su juicio efectivamente hay un sector del público para el cual la oferta de información que puede pensarse básica acerca de estas cuestiones tiene importancia. A su vez, entiendo que el recorrido del trabajo se torna parcialmente circular, ya que se parte de una proposición que parece estar ampliamente admitida para concluir en el mismo punto, a pesar de que en ese recorrido se ofrezca información de interés. Esta circunstancia está relacionada con lo que me parece es un pregunta decisiva para el trabajo, que en la versión escrita estaba un poco en segundo plano, aunque en la intervención oral Lucas le otorgó más relevancia. La inquietud del

autor atañe al éxito de Montoneros hacia 1972-1973, en lo que hace a las adhesiones conquistadas. Si esto es así, quizás el presupuesto que valga la pena discutir es porqué ese éxito habría de explicarse por lo ocurrido inmediatamente antes –a lo largo de 1971-, y dentro de la estructura de la organización. Mi opinión es que, si efectivamente la pregunta es aquella que remite al éxito de 1972-1973, es altamente probable que la respuesta se encuentre por fuera, en el peronismo en general, o en la juventud que adhiere al movimiento, antes que en la evolución del propio aparato de Montoneros

En los argumentos de Vera Carnovale, a su vez, la cuestión del “doble poder” tiene un papel importante; eso reclamaba un desarrollo más desplegado del punto. Así, también este escrito queda algo desequilibrado. Por otra parte, y confieso que sólo apelo a la memoria, creo que la idea del doble poder estaba en los setenta allí, sin mucha teoría, como una posición muy extendida; se la puede hallar por ejemplo en esa enciclopedia del saber militante que es la película *La batalla de Argel*, en el episodio del casamiento. A su vez, el final que la autora eligió para su trabajo resulta a mi juicio casi contradictorio con el esfuerzo de investigación empírica realizado en los tramos anteriores. Dado que Vera no llegó a exponerlo, voy a glosar el cierre: la autora remite a planteos de Alain Badiou para señalar que la violencia ejercida por el PRT, en este caso a través de sus ejecuciones, se encuadra en las coordenadas de “la subjetividad del siglo XX —la forma en que el siglo se pensó a sí mismo y pensó su propio pensamiento”. La violencia revolucionaria, en este caso, habría sido fiel a esa “subjetividad del siglo”. Creo que este planteo significa recurrir a unos reemplazos de la explicación cuyos flancos débiles han sido señalados hace tiempo; apelaciones a la figura del “hombre del Renacimiento”, o a un “espíritu de época”, o la “subjetividad de un siglo” como en este caso, resultan estrategias que no asumen, sino que eluden problemas. Entre esos problemas se encuentra la circunstancia de que la subjetividad del siglo lo mismo vale para el ERP que para sus enemigos, por ejemplo. Vera ya se ha topado con esta situación en investigaciones previas: actitudes mentales, valores, íconos, prácticas que comparten los guerrilleros y sus adversarios. La tensión que se dibuja allí entre disrupción e integración no puede resolverse, en mi opinión, recurriendo a aquella supuesta subjetividad del siglo.

Vuelvo, entonces, a una observación general y a una referencia al contexto de producción, como había anticipado. Ella puede sonar parcialmente injusta porque está realizada luego de un comentario de estos tres trabajos que exhiben una base empírica fuerte así como intentos de ofrecer interpretaciones más generales, hechos que siempre son de destacar. Pero quizás nos encontremos en un momento de la producción historiográfica sobre estos temas –como dije, ya abundante, con archivos y publicaciones especiales, con jornadas específicas- que reclame la vuelta a algunas de las preguntas iniciales y, quizás, su reconsideración. Entiendo que la concentración temática de muchos trabajos –no de estos trabajos; se trata de un fenómeno más amplio- nos pone en riesgo de perder la escala, y aquí es oportuno recordar la observación de Weisz. Uno comienza entonces a creer aquello que las organizaciones llamaban frentes de masas eran siempre de masas en los hechos, o que cuando la guerrilla se daba en el papel una organización militar con grados y tropas especiales, esos cargos y funciones se cubrían en la realidad. Si este riesgo existe, entiendo que una salida posible, por cierto bastante tradicional pero que ofrece un punto de partida firme, es volver a leer estos fenómenos como síntomas de cierto estado de la política, la cultura y la sociedad de la época; el foco pasaría de la propia violencia y sus actores, por ejemplo, a las condiciones de fondo que la hicieron posible y le dieron sus tonos peculiares.